

Gilly Macmillan

Encuéntrame

Traducción de
M.^a del Puerto Barruetabeña Diez

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Burnt Paper Sky*

Primera edición: 2016

Segunda edición: 2017

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsuarez.com

Imagen: © David Lichtneker / Arcangel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Copyright © Gilly Macmillan, 2015

© de la traducción: M.^a del Puerto Barrietabeña Díez, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-671-4

Depósito legal: M. 529-2017

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para mi familia

Nota de la autora

Mientras realizaba la investigación para esta novela encontré y manejé varias fuentes, sitios web y documentos, que me resultaron muy valiosas. A pesar de que hago referencia a dichas fuentes a lo largo de la narración, este libro es una obra de ficción y todas las citas y referencias se utilizan dentro de un contexto totalmente imaginario. Los personajes y los sucesos que se mencionan en esta novela, además de los post de los blogs, los comentarios y todas las identidades de internet, los artículos de prensa escrita, las direcciones de correo electrónico y la mayoría de las páginas web son inventados y cualquier parecido con la realidad no es más que una coincidencia.

Si hay algún error en cuanto al procedimiento policial, la responsabilidad es exclusivamente mía y en ningún caso de los dos inspectores jubilados que han tenido la amabilidad de asesorarme. He intentado que las descripciones de Bristol se acerquen lo más posible a la realidad, aunque tengo que puntualizar que no hay ningún campo de fútbol junto al aparcamiento del bosque Leigh Woods y que los detalles del interior de Kenneth Steele House son producto de mi imaginación.

Si hay algo seguro en este apestoso
estercolero del mundo es el amor
de una madre.

James Joyce

En una verdadera noche oscura
del alma siempre son las tres de la
mañana, día tras día.

F. Scott Fitzgerald

Prólogo

Noviembre de 2013 –
un año después

Rachel

Para los demás no siempre somos quienes creemos que somos.

Cuando conocemos a alguien, intentamos dar nuestra mejor imagen y sacar lo mejor de nosotros, pero a pesar de ello todo puede salir terriblemente mal.

Es uno de los riesgos de la vida.

Le he dado muchas vueltas a eso desde que desapareció mi hijo Ben y siempre me surge la misma pregunta: si nosotros no somos quienes creemos, ¿lo son los demás? Si el riesgo de que los demás nos juzguen mal es tan grande, ¿cómo podemos estar seguros de que la opinión que nos forjamos de alguien tiene algo que ver con la persona que realmente hay en el fondo?

Supongo que se ve claramente adónde me lleva esa línea de pensamiento.

¿Deberíamos confiar en alguien solo porque sea una figura de autoridad o un miembro de nuestra familia? ¿Nuestras amistades y relaciones personales tienen verdaderamente una base sólida?

Cuando me dejo llevar por la reflexión, pienso en lo diferente que habría sido mi vida si hubiera tenido la sabiduría suficiente para pensar en ese tipo de cosas antes de que desapareciera Ben. Cuando me arrastra la depresión, me echo la culpa por no haberlo pensado antes y me castigo durante días con ideas repetitivas y paralizantes.

Hace un año, justo después de la desaparición de Ben, participé en una rueda de prensa retransmitida por televisión. Yo solo tenía que hacer un llamamiento para que la gente colaborara en su búsqueda y me ayudara a encontrarlo. La policía me lo dio por escrito y yo tenía que leerlo. Asumí que la gente al otro lado de la pantalla entendería automáticamente quién era yo y que vería en mí a una madre cuyo hijo había desaparecido y una persona a la que lo único que le importaba era recuperarlo.

Muchas de las personas que lo vieron, las que no vacilaron a la hora de expresarse, pensaron justo lo contrario. Me acusaron de cosas terribles. Y yo no entendí por qué hasta que vi la grabación de la rueda de prensa, demasiado tarde para evitar el daño. Pero al ver las imágenes, la razón fue evidente.

Fue porque vieron en mí a una presa.

Y no una presa suplicante, digamos un antílope con los ojos como platos, tambaleándose sobre sus patas flacuchas, sino una deshecha, agotada, arrastrada y ya cerca del final. Me presenté ante el mundo con la cara crispada por la emoción y una herida sangrante, el cuerpo que no dejaba de temblar por el dolor y la voz que sonaba como si la estuvieran extirpando de una garganta totalmente seca. Si en algún momento pensé que una imagen sincera de mi apariencia y mis emociones, por muy descarnada que fuera, me iba a granjear la compasión de los demás y que eso les animaría a ayudarme a buscar a Ben, no pude estar más equivocada.

Me vieron como un esperpento. Les di miedo porque era una persona a la que le estaba pasando lo peor, y por eso se lanzaron sobre mí como una jauría de perros hambrientos.

Cuando todo terminó, me hicieron ofertas para que apareciera otra vez en televisión. Fue un caso con gran

impacto después de todo. Pero yo me negué. No tenía intención de tropezar dos veces en la misma piedra.

Aunque no he podido evitar imaginarme cómo podría haber sido esa hipotética entrevista. Veo un cómodo estudio de televisión y un entrevistador con mirada amable que me dice: «Háblenos de usted, Rachel». Después se acomoda en la silla, que está colocada en un ángulo que indica familiaridad conmigo, como si ese hombre y yo hubiéramos quedado en un bar para charlar un rato. La expresión de su cara es la que pondría alguien que está contemplando cómo le preparan un cóctel o una copa de helado, lo que cada uno prefiera. Hablamos sin prisa, dándome tiempo para que me vaya abriendo y contando mi versión de la historia. Sueno bien. Estoy serena. Doy la imagen que se puede esperar de una madre. Mis respuestas están muy pensadas. No hay desafío en ellas. En ningún punto provooco que se empiece a tejer a mi alrededor una red de sospechas por decir algo que solo sonaba bien en mi cabeza. No lucho por mantenerme a flote solo para hundirme al final.

Esa fantasía ocupa muchos minutos de mi tiempo. El resultado siempre es el mismo: la entrevista imaginaria va muy bien, maravillosamente en realidad, y lo mejor de todo es que el entrevistador no me hace la pregunta que más odio de todas. Es una pregunta que me ha hecho mucha gente, una cantidad sorprendente. La suelen formular así: «Antes de que te dieras cuenta de que Ben había desaparecido, ¿se te ocurrió que podía pasarle algo malo?».

Odio esa pregunta porque implica cierta negligencia por mi parte. Implica que, si yo fuera una madre con más instinto, una madre mejor, me habría dado cuenta de que mi hijo estaba en peligro, o al menos *debería* haberlo visto venir. ¿Y cómo respondo yo a eso? Con un simple: «No».

Es una respuesta sin vuelta de hoja, pero la gente normalmente me mira confundida, con la frente arrugada y esa expresión que deja claro que el deseo de despedazar a alguien para alimentar el cotilleo supera de forma aplastante a cualquier compasión por su difícil situación. Frenes algo arrugadas y miradas curiosas que preguntan: «¿De verdad? ¿Seguro? ¿Y cómo puede ser eso?».

Nunca justifico mi respuesta. «No» es todo lo que necesitan saber.

Y no explico mi respuesta porque mi confianza en los demás ha quedado erosionada por lo que ocurrió, no podía ser de otra manera. La duda permanece en las mentes de muchas personas que conozco, como esquirlas de cristal que, aunque no se puedan ver, se clavan y te hacen sangrar incluso cuando ya piensas que las has eliminado del todo.

Ahora hay muy poca gente en la que sé que puedo confiar y ellos son los pilares de mi vida. Ellos conocen toda mi historia.

Una parte de mí cree que yo estaría dispuesta a hablar con otras personas de lo que ha pasado, pero solo si pudiera estar segura de que me van a escuchar. Tendrían que dejarme llegar hasta el final de mi historia sin interrumpirme ni juzgarme y entender que todo lo que hice lo hice por Ben. Algunas de mis acciones fueron precipitadas, y otras, peligrosas, pero todas fueron por mi hijo, porque lo que sentía por él era la única verdad que yo conocía.

Si alguien pudiera soportar ser el invitado a la boda que escucha la historia de este viejo marinero, yo, a cambio del regalo de su tiempo, su paciencia y su comprensión, le daría todos los detalles. Creo que es un trato justo. A todos nos encanta el impacto que nos produce la experiencia indirecta de los horrores de las vidas de los demás.

Nunca he entendido por qué no hay una palabra en nuestro idioma que sirva para traducir el término alemán *Schadenfreude*. Tal vez es que nos da vergüenza admitir que eso es justo lo que sentimos. Mejor mantener la ilusión de que aquí todos somos buenos e inocentes y nadie ha roto un plato.

Mi generoso interlocutor sin duda se sorprendería por mi historia, porque muchas de las cosas que ocurrieron nunca se hicieron públicas. Sería como tener su propia exclusiva. Cuando me imagino contándole la historia a este interlocutor imaginario, creo que empezaría respondiendo adecuadamente por primera vez a esa pregunta que tanto odio, porque es relevante. Empezaría la historia así:

«Cuando Ben desapareció, no tuve ninguna intuición. Ninguna en absoluto. Mi cabeza estaba ocupada con otra cosa. Estaba pensando en la nueva mujer de mi exmarido».

Jim

Esta es la lista de todo lo que antes tenía bajo control: el trabajo, mi relación de pareja, mi familia.

Y este es el problema que tengo ahora: los pensamientos que me llenan la cabeza.

Me vienen a la mente una hora tras otra, a veces minuto a minuto, recuerdos de pérdidas, de acciones que no pueden deshacerse por mucho que quiera.

Durante la semana me lanzo de cabeza al trabajo para intentar borrar esos pensamientos.

Los fines de semana son algo más complicados, pero he encontrado formas de llenarlos: hago ejercicio, trabajo un poco y después empiezo el ciclo de nuevo.

Son las noches las que me atormentan, porque entonces los pensamientos me dan vueltas sin parar en la cabeza y me impiden dormir.

En la universidad aprendí unas cuantas cosas sobre el insomnio. Cuando estudié la poesía surrealista leí que la privación de sueño podía tener un efecto psicodélico y alucinógeno en la mente: tenía el potencial de liberar reservas de creatividad que estaban en un lugar muy profundo y la capacidad de mejorar la vida y el alma.

Pero mi insomnio no es así.

Mi insomnio me convierte en un alma atormentada e impaciente. No hay creatividad, solo desesperanza y frustración.

Cada noche, cuando me acuesto, temo su inevitabilidad, porque cuando apoyo la cabeza en la almohada, por muy cansado que esté, por mucho que anhele el descanso de mi mente, parece que todas y cada una de las partes de mí conspiran para mantenerme despierto.

Me vuelvo hiperconsciente de todos los potenciales estímulos que hay alrededor y no hay ni uno solo que no me moleste.

Los movimientos para cambiar de postura que hago provocan que la sábana que tengo debajo se retuerza y forme cordilleras y canales, como si fuera barro endurecido desgarrado por las zarpas de un animal. Si intento quedarme tumbado sin moverme, con las manos unidas sobre el pecho, el martilleo de mi corazón provoca que me cueste respirar. Si me quedo en la cama destapado, el aire de la habitación hace que se me ponga la piel de gallina y me den escalofríos, sea cual sea la temperatura. Tapado, lo único que siento es una claustrofobia intensa que me produce mucho calor, me deja los pulmones vacíos y me hace sudar tanto que la cama parece una piscina de agua estancada en la que estoy condenado a bañarme.

Mientras me cuezo en mi propio jugo en la cama, escucho la ciudad afuera: los gritos de los extraños, los coches, un ciclomotor, una sirena, el rumor de las copas de los árboles agitadas por el viento, a veces nada. Un vacío sin sonido.

Hay noches en las que ese silencio me atormenta y me levanto, normalmente bastante después de medianoche, me vuelvo a vestir y salgo a caminar bajo la luz de las farolas, de un color naranja como el de los refrescos, por calles en las que la única forma de vida es una turbulencia en las sombras que aparece en la periferia de mi visión, tal vez un zorro o un hombre en malas condiciones en un umbral.

Pero ni siquiera pasear me sirve para aclarar del todo la mente, porque mientras camino, poniendo un pie delante del otro, temo cada vez más el momento de volver al piso, a mi cama, a su vacío, a mi vigilia.

Y lo que más temo de todo son los pensamientos que van a volver a darme vueltas en la cabeza.

Esos pensamientos me llevan directo a los lugares oscuros y gráficos que durante el día me he esforzado tanto por tener encerrados bajo llave. Encuentran esos lugares ocultos, fuerzan las cerraduras, abren las puertas de un empujón, arrancan las tablas de madera que he clavado para cubrir las ventanas y dejan que entre la luz en todos los rincones. Me imagino ese sitio mal iluminado, como una escena del crimen. En el centro de la escena: Benedict Finch. Sus ojos azules y cristalinos se encuentran con los míos y en ellos hay una expresión tan inocente que me parece una acusación.

Ya entrada la madrugada, a veces logro conciliar ese sueño que tanto anhelo, pero el problema es que no es una oscuridad refrescante, no me da la oportunidad de apagar la mente. Ni siquiera el sueño me permite un respiro, porque está poblado de pesadillas.

Tanto si he estado despierto como dormido, cuando me levanto por la mañana estoy maloliente y deshidratado, agotado antes incluso de que haya empezado el día. Hay lágrimas mojando mi almohada en ocasiones, muchas veces el sudor empapa las sábanas, y me enfrento al principio del día temiendo que mi insomnio no solo haya desdibujado las fronteras entre el día y la noche sino que haya hecho que pierda definitivamente mi equilibrio también.

Antes de que me pasara esto, creo que subestimaba tanto el poder restaurador del sueño como la capacidad de destrucción de una psique devastada. No me daba

cuenta de que el cansancio podía dejarte consumido, como si no te quedara ni una gota de sangre. Ni de que la mente podía enfermar sin que te enterases siquiera: poco a poco, de forma oscura, irrevocable.

Siento demasiada vergüenza para contarle a nadie todo esto que me pasa, y que los efectos del insomnio permanecen conmigo cuando llega el día y se entretejen con los hilos que lo conforman. El cansancio que nace de ese insomnio hace que el café me sepa metálico y que pensar en comer cualquier cosa me resulte intolerable. Que cuando me despierto lo único que desee sea un cigarrillo. Que el camino al trabajo en bicicleta lo afronte rebosante de adrenalina; estoy nervioso, voy peligrosamente cerca de la acera, no juzgo bien la situación en un cruce y el ruido seco que hace un coche que se ve obligado a frenar violentamente detrás de mí hace que mis piernas se pongan a pedalear dolorosamente rápido.

En la oficina, en una reunión de primera hora, la inspectora jefe me pregunta: «¿Estás bien?». Asiento, pero noto la humedad en el nacimiento del pelo que indica que estoy empezando a sudar. «Estoy bien», digo. Aguantando diez minutos más hasta que alguien pregunta: «¿Qué te parece, Jim?».

Debería estar encantado con la pregunta. Es una oportunidad de destacar, de demostrar lo que valgo. Hace un año lo habría hecho. Ahora me quedo mirando una astilla de plástico del extremo de mi boli. A pesar del grueso velo de agotamiento que me envuelve, me obligo a levantar la cabeza y mirar a las tres caras que me observan expectantes. Solo puedo pensar en que el insomnio ha enturbiado la claridad de mi mente. Siento que el pánico me recorre el cuerpo como si fuera una droga que me acabaran de inyectar, fluyendo por las arterias, las venas y los capilares, extendiéndose hasta que me

incapacita. Salgo de la sala sin decir nada y cuando estoy fuera estrello el puño en la pared varias veces hasta que me sangran los nudillos.

No es la primera vez que ocurre algo así, pero sí es la primera vez que hacen efectiva su amenaza de enviarme a un psicólogo.

Es la doctora Francesca Manelli. Han dejado bien claro que si no voy a todas las sesiones y participo en las conversaciones con la doctora Manelli, no podré volver al Departamento de Investigación Criminal.

Hemos concertado una reunión preliminar. Quiere que escriba un informe sobre el caso Benedict Finch. Empiezo escribiendo mis objeciones.

INFORME PARA LA DOCTORA FRANCESCA MANELLI
SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS RELATIVOS
AL CASO BENEDICT FINCH. REDACTADO POR EL INSPECTOR JAMES
CLEMO, COMISARÍA DE AVON Y SOMERSET

CONFIDENCIAL

Me gustaría empezar este informe expresando formalmente mis objeciones por, primeramente, tener que escribir este informe y, en segundo lugar, verme obligado a asistir a sesiones de terapia con la doctora Manelli. Aunque creo que el Servicio de Salud Profesional del cuerpo de policía es un recurso muy valioso, también considero que su uso debería ser discrecional para los oficiales y demás miembros del personal. Mi intención es presentar una queja formal sobre este particular a través de los canales establecidos.

Sé que el propósito de este informe es describir desde un punto de vista personal lo que aconteció durante la investigación del caso Benedict Finch. Esta descripción servirá como base para unas conversaciones con la doctora Manelli que tendrán como objetivo determinar la conveniencia de que yo reciba algún tipo de apoyo a largo plazo por parte de la doctora a la hora de gestionar algunos asuntos que surgieron a raíz de mi participación en ese caso y ciertos problemas personales que llevan un tiempo afectándome.

Entiendo que es necesario que añada detalles de mi vida personal cuando sea relevante, incluyendo los que tengan relación con la inspectora Emma Zhang, ya que eso